

ria toma cierto aire romanesco indecentísimo. Se repite la anédocta del abate Vertot, el cual habiendo recibido la verdadera relación del sitio de Malta para su historia, exclamó: *Me fastidia, pero mi relación ya está hecha*. Gibbon mismo, describiendo una batalla, tuvo la conciencia de añadir por medio de una nota, que tenía á la vista una de las de Tasso. Algun autor moderno podría yo citar, que no lo confesó y sin embargo hizo otro tanto (1).

¿Cuántos hay que después que un autor ha colocado en el campo los dos ejércitos, suelen saltar de dos en dos las páginas en que se describe la pelea, para llegar pronto al resultado? Yo no podría condenarlos, sino condenándome á mí mismo; sin embargo, en mi Historia he evitado las descripciones de las batallas, lo que me ha dejado un ancho espacio para tratar de los elementos que mas evidentemente contribuyeron al progreso de la humanidad. Me restaba, pues, la obligación de acompañar también las vicisitudes de este arte, sin causar superfluas dilaciones en la narración, y aquí las expondrémos.

Bien conozco que la primera objeción que me harán será que soy extraño al arte de que voy á hablar. Justísima reflexión que habría bastado para disuadirme de mi intento, si no hubiese visto que muchas veces se ocuparon en estas tareas otros que no eran militares, y ya hemos nombrado mas de uno. ¿Quién dió á la Francia la historia de su milicia antigua? Un monje (2). Esto prescindiendo de que no tengo la pretensión de tejer la historia general de este arte, sino de hacerla, como es el objeto de esta colección, una ilustración y un complemento de mi historia. Para el objeto á que destino este trabajo, me ayudará el haber sido precedido de muchos que lo trataron. Tengo á la vista tres historias del arte de la guerra y la una no tiene escrúpulo de copiar lo otra á mansalva; Rocquencourt, confesando lo mucho que debe á Nisas; y la Biblioteca Militar, disimulando lo que de ambos toma prestado. ¿Les diremos por esto plagarios? No me atreveré, porque cada uno añade su propio modo de ver y se aprovecha de lo que ya estaba hecho para dar un paso mas adelante; é ir adelante es vencer, repetiremos con Federico II. Otro tanto haré yo, y espero añadir no poco, deponiendo, sin embargo, la pretensión de originalidad, que tal vez solo podría obtener sosteniendo paradojas del modo que lo hizo Algarotti, el cual no se sabe si se chancea ó habla seriamente. No he aspirado á

(1) En 1846 el duque de Belluno publicó una *Historia del ejército de reserva* con documentos oficiales que desmienten enteramente las particularidades mas preconizadas de la batalla de Marengo, y especialmente las de Thiers, que consagra la mayor parte de su *Historia del Consulado y del Imperio* á los preparativos y ejecuciones de batallas. La batalla de Waterloo dió últimamente (1862) margen á discusiones entre historiadores, estratégicos, noveladores, biográficos, cuyo único resultado ha sido la incertidumbre en que nos quedamos de sus accidentes.

(2) DANIEL, *Hist. de la milice française*.

escribir un libro para los militares sabios, pues solo he querido hacer familiares ciertos conocimientos que pongan en estado de juzgar de este arte, hasta á los que le son profanos.

Uno de los autores de quien mas nos serviremos es griego, y teniendo que hablar de las cosas romanas, escribía: « No me causará maravilla si el que nació en aquella República halla incompleto mi trabajo porque faltan algunas particularidades. Perfectamente instruidos en los asuntos de su país, se ocuparán mas en notar lo que omití que en aprobar lo que yo haya dicho, y no pensarán que el escritor trató ligeramente algunas cosas porque le parecieron de poca importancia, sino que dirán que las descuidó por ignorancia; y haciendo suponer que lo que se expuso era mediano ó superfluo, y al contrario presentado como circunstancias indispensables las omitidas, se proclamarán mucho mas instruidos que el historiador. Pero la equidad exige que se valien los historiadores, no por las omisiones, sino por los hechos que refieren. Si en ellos se encuentra una alegación falsa, ciertamente pecaron por ignorancia; pero si cuanto dicen es verdadero, ¿por qué no se admite que voluntariamente descuidaron otros hechos? Esto lo decimos por aquellos que juzgan un libro con mas crítica que justicia (1). »

Aquí era oportuno repetir este pasaje, porque tendremos necesidad de aquellas excusas; y solo añadiré, que sirviendo el presente trabajo para ilustración de mi Historia, he creído que debía sostenerlo en uniformidad de sentimientos con ella, armonizarlo con la marcha general de la sociedad, buscando su reciproca influencia. También deberé á las veces dejar á la palabra su científica crudeza ó dar á la expresión una crueldad que estoy muy lejos de tener en el corazón. Lejos del tono de preceptor, aquí donde tengo ménos derecho que en otra parte, tomaré las doctrinas como las he encontrado, tratando siempre de asociarlas á los hechos, que es el mejor correctivo á las inconexas particularidades de los unos y á lo absoluto de las otras. Sin embargo, recordaremos que el arquiduque Carlos escribía á Paskevitz: *En la guerra es necesario saber transigir con los principios*; y otro ilustre mariscal, habiéndole preguntado sobre las Memorias que habia publicado uno de sus colegas, contestó: « Exce- » lentes; pero todo marcha en regla, todos » cumplen las órdenes, todos están á punto; » cuando la experiencia me ha enseñado que » en la guerra ocurre de muy diferente modo. »

§ 3. PRIMEROS TIEMPOS DEL ARTE.

Nada queremos tratar de los pueblos todavía privados de instituciones civiles, ni seguir las alternativas de las armas defensivas y ofensivas, desde el palo y la piedra primitiva de Hércules,

(1) POLIBIO en los fragmentos de Mai.

en su larga carrera, en la cual, á medida que llegaron á ser mejores, se hicieron ménos necesarias. Aquí buscamos el arte y nada nos consta del de los pueblos antiguos, ni hallamos certeza hasta que no entramos en la historia de los Griegos. La primera guerra de los tiempos heróicos en que aparecen operaciones militares algo regulares y algun orden ó disciplina, es su expedición contra Tébas, donde se descubre que el elemento de la guerra fué la lucha y el pugilato, tanto que quisieron conservar su memoria en los juegos nemeos instituidos en aquella ocasión. Apenas se reunieron muchos en una misma empresa, conocieron la necesidad del orden, esto es, de mando y de obediencia: los reyes de cada país juntaron sus valientes y marcharon con ellos, sin formación precisa, acampando á la ventura, y mudando de forma segun las circunstancias. Llegado que hubieron á la pelea, conocieron la necesidad de perfeccionar las armas, de molestar mas al adversario que se tenía al frente y ménos á los auxiliares que estaban á los flancos, y de estrecharse para no ser desordenados por los enemigos. Se formaron, pues, en masas, y la experiencia les demostró que habia un término, mas allá del cual estas no debían ya engrosar. De este modo marchaban contra el enemigo, mientras los jefes, fuera de la formación, se atacaban personalmente y muchas veces por ver sus duelos todo el ejército suspendía el combate. Tenemos ya un pensamiento establecido al cual se debían uniformar las operaciones, una constancia superior al ímpetu y un valor que sabe esperar y sufrir los reveses de la fortuna.

Así se manifestaron también en Troya, donde no se puede ver mas que la infancia del arte. Los reyes de varios países coligados se reúnen en la Tauride, y de allí zarpan en una numerosa escuadra. Llegan á las costas del Asia, desembarcan, sacan á tierra sus naves desprovistas de áncoras y con palo movable; devastan el país aliado; después cada jefe coloca su tienda donde le parece; pero en medio sus tropas. Solo en un inminente peligro piensan en abrir un foso al rededor del campamento. Desde él se lanzan de vez en cuando contra Troya, sin que se pueda comprender de qué modo trataban de tomarla, porque allí podían entrar auxiliares y víveres y no habia obras para aproximarse á la fortaleza, ni máquinas para destruirla; y solo de tiempo en tiempo daban los Griegos un asalto, ó los Troyanos hacían una salida; entónces peleaban en el llano interpuesto: los Griegos, ordenados y silenciosos, los otros dando gritos, llevando carros para sus generales y mezclándose en luchas particulares, sin trompas, sin armas de hierro y sin caballos. Si los sitiadores sucumbían, huían hasta las naves en los carros; si los otros, se refugiaban en la ciudad. Así estuvieron diez años hasta que parece convinió en la paz (1): los que dijeron que Troya

(1) Véase nuestra *Historia Universal*, lib. II, cap. 29.

sucumbió, lo atribuyeron á una astucia tan pueril que se asemeja á un cuento de viejas.

Pero ya se descubren elementos de orden. Aquiles llega con cincuenta naves; en cada una lleva cincuenta hombres, de los cuales forma cinco cuerpos á las órdenes de cinco diferentes jefes. En diez años que estuvieron acampados juntamente, debieron hacer progresos en el arte que sustituían á la fuerza insensata, consistente solo en la multitud y en la fuerza individual. Tal vez allí inventaron la falange, cuya organización veremos mas adelante. En Homero hallamos el oro, la plata, el estaño; pero no el hierro. La palabra *calcos* que usa, no significa bronce, sino cobre, como puede comprenderse con solo atender á que de él se hacían los trípodes, yelmos, escudos y corazas. *Sideros* no quiere decir hierro, sino un metal poco maleable y frágil, que probablemente era el bronce.

Los ejércitos no tenían ninguna uniformidad; unos llevaban las armaduras de estaño, otros de bronce, otros de cobre ó de oro; quién empleaba la lanza, quién la espada, quién combatía en carro, quién á pié, y cada uno pensaba en sí y en sus propios hombres. El yelmo de los héroes de Homero es generalmente de cobre, sin visera ni barbada. La cimera comunmente llevaba una pluma; la de Aquiles un gran penacho de oro; la de Héctor una melena de cerdas de caballo; la coraza de cobre cubría desde el cuello hasta el abdomen, y se sujetaba con hebillas á la espalda. Aquiles mató á Polidoro por detras, mientras que, al inclinar su cuerpo, las hebillas de oro, que eran demasiado largas, dejaron abierta su coraza. (*Iliada*, XX, 413.) Desde esta se extendía hácia abajo la cota de malla (*Αχιλλῶν χαλκοχιτώνισσι*. *Iliada*, I, 371.) No hay indicios de que usasen guantes; y los coturnos eran de cuero grueso y subían hasta mas arriba de la rodilla.

Algun héroe es llamado caballero, pero poco ó nada se combatía á caballo; mas bien lo hacían en carros de dos ruedas, tirados por dos, tres ó cuatro caballos, y tenían su nombre particular, Andrómaca peinaba los caballos de su marido, ponía la cebada en los pesebres y los confortaba con vino para los días de batalla. (*Iliada*, VIII, 188.) Los carros de guerra tenían delante un asiento para el que los dirigía, el cual algunas veces iba á caballo. (*Iliada*, XIX, 385.) Los caballos llevaban freno con bridas, largas riendas de cuero, y defendidos el pecho y los costados: no aparece señal alguna de espuelas, ni de herraduras, pues aunque Aristófanes nombra los caballos de uña de cobre (*χαλκοροτων ἵππων*, *Cabal.*, 513), en cambio Jenofonte enseña el modo de endurecer y redondear los cascos de los potros, sin hablar de herrarlos; ni tampoco llevaba herraduras la caballería romana. Jenofonte dice que Ciro reformó los antiguos carros troyanos, porque no servían mas que para las escaramuzas, aunque los montaban la flor de los valientes; además

trescientos carros con trescientos combatientes, exigían mil doscientos caballos y trescientos cocheros escogidos de entre los mas atrevidos y fieles. (*Cirop.*, VI, 1.) En los nuevos carros las ruedas fueron mas fuertes y el eje mas largo; el asiento que llevaban delante era una torre de madera gruesa, en la que el cohero, completamente armado y descubiertos solos los ojos, estaba encerrado hasta la altura de los codos; en las dos extremidades del eje habian fijado hoces, de modo que no solo el caballero, sino hasta el mismo carro, servía en la guerra.

§ 4. ARMAS PERSAS.

El segundo y mas grandioso experimento que los Griegos tuvieron que hacer de sus fuerzas y que contribuyó mas al sentimiento de su nacionalidad comun, fué el de la guerra Médica, la cual les ofreció ocasion de conocer los modos de combatir de los Asiáticos, y á nosotros de describirlos.

Las primeras expediciones de los Persas, así como las de la mayor parte de los pueblos de Asia, segun dice Jenofonte, eran emigraciones para ocupar países mas fértiles, y llevaban sus mujeres, hijos y todos sus muebles. Acostumbrados á estar siempre á caballo, les eran fáciles las marchas. Hechas las conquistas, no se pudieron sostener, sino con gruesos ejércitos permanentes, y cubrieron de guarniciones el Asia Menor, el Egipto y demas países expuestos. Cada provincia tenia dos clases de tropas: unas diseminadas por los campos, otras de guarnicion en las ciudades, enteramente desemejantes entre sí. Estaba determinado el número de las primeras correspondiente á cada provincia, y aunque su parte principal era la caballería, no faltaban infantes y arqueros. Correspondia á los comandantes el reclutarlos; su alimento en víveres ó dinero se asignaba sobre los tributos de la provincia y lo cobraban por la caja de los sátrapas. En todo lo demas los comandantes eran independientes de estos, á no ser que el mando estuviese unido á la satrapía. Las revistas anuales se hacian por el mismo rey en las inmediaciones de las capitales, y las mas lejanas por sus capitanes delegados, premiando ó destituyendo segun el grado de disciplina en que se hallaban los ejércitos.

Segun estos puntos de reunion de tropas, se habia dividido el imperio en acantonamientos militares. En las provincias estaban distribuidas las tropas por cuerpos de mil hombres, situados en el interior y en las fronteras, donde los pasos estaban cuidadosamente fortificados. No conociendo el arte de los sitios, ponian la mayor atencion en custodiar las plazas que habian ocupado, donde tenian buenas guarniciones, que no se presentaban en las revistas (1).

(1) V. HEEREN, *Politica y com. de los pueblos antiguos*, segun Jenofonte, Arriano, Herodoto.

Ademas de estas *tropas reales*, otras formaban la guardia particular de los grandes y de los sátrapas, que á veces ascendian á muchos millares, y aun hoy en Oriente todo grande tiene tropas que le acompañan. Cualquiera que posea tierras, estaba obligado á servir á caballo, lo cual exigia una organizacion militar del pueblo, distribuido por decenas, con jefes de diez, jefes de ciento, jefes de mil y jefes de diez mil, los cuales no pertenecian á cuerpos particulares, sino que formaban el estado mayor. Bastaba, pues, dar una orden al jefe de diez mil, para que pronto la trasmitiese y en un momento estuviese reunido el ejército. Los empleos militares daban grande autoridad; los kiliarcas y miriarcas gozaban de mucha consideracion, y los generales eran los mas ilustres personajes del Estado y parientes del rey.

Cuando los Persas propios se sustrajeron al servicio, se llamaron mercenarios griegos y asiáticos, y especialmente Hircanos, Partos, Sacos y otros caballeros nómadas, errantes al Sur y al Este del Caspio. Á los Griegos, que eran la flor del ejército persa, se les daba un darico de paga al mes. En casos de gran necesidad se llamaba á las armas en masa á todos los habitantes de las provincias, para llevarlos reunidos detras del ejército. En cuatro años Jérges reunió de su vastísimo imperio aquella turba, de la que Grecia quedó asombrada; pero no vencida. Les asignó su puesto en Capadocia, donde fueron conducidos por oficiales de su país, que apenas llegaban deponian el mando reservado á los Persas, esto es, á la nacion dominadora. No estaban separados por naciones, sino reunidos tumultuariamente al rededor del rey y del campo de los Persas, molestando sucesivamente á los habitantes del país que atravesaban con sus mujeres é hijos; comitiva innumerable. Para mantenerlos, tenian dispuestos considerables acopios de granos. El rey y los suyos estaban bajo de tiendas, los demas á la intemperie. Cuando se aproximaban al enemigo, se dividian por naciones.

Este orden (si puede aplicársele tal nombre) es el mismo que hasta en los tiempos modernos han tenido los Mogoles y los Tártaros.

§ 5. CONDICION DE LOS EJÉRCITOS PERSAS EN LA CIROPEdia.

Creemos que la *Ciropedia* es una novela histórica; pero el autor, como acontece, habrá tomado de lo verdadero los colores para encarnar sus conceptos, tanto mas cuanto que Jenofonte pudo conocer á la Persia en su expedicion, y si en ella hubo algo que mas á fondo pudiese saber, es ciertamente al arte militar. Nos complacemos, pues, en referir aquí el discurso que el mismo Jenofonte hace que Ciro dirija á sus capitanes, donde aparece cuál fué la disciplina y la economía de las Persas, ó si se quiere, en general la de los mas antiguos,

en razon á que el capitán historiador trataba de dar lecciones á sus compatriotas, al paso que referia las empresas y discursos del nieto de Astiáges.

« Es una gran ventaja, oh compañeros, que nosotros, por la gracia de Dios, tengamos tan á punto nuestros ánimos, cuerpos y armas. Al presente es necesario que por el camino llevemos víveres para veinte dias, tanto para nosotros como para los cuadrúpedos que tenemos á nuestro servicio. Segun mi cálculo, tendremos que caminar quince ó mas dias sin encontrar vituallas, porque parte por nosotros y parte por los enemigos se han tomado cuantas ha sido posible tomar. Debemos, pues, llevar suficiente provision de comida, sin la cual ni podríamos combatir, ni vivir; y cada uno tanto vino, como sea suficiente para podernos acostumar á beber agua, porque no se encuentra vino en un largo trozo del camino, durante el cual por mucho que llevásemos no bastaría. Con el fin, pues, de que no lleguemos á enfermarnos por la repentina privacion, convendría arreglarnos de este modo. Al principio de la comida beber agua, que de este modo no sentiríamos en gran manera el cambio, porque quien se alimenta con puches, siempre las come con agua; quien con pan, lo come amasado con agua, y toda clase de comida cocida se prepara con cierta cantidad de agua. Pero si al fin de la comida bebemos vino, el ánimo quedará satisfecho. Despues convendrá tambien disminuir lo que se bebe despues de la cena, hasta tanto que lleguemos á ser bebedores de agua, casi sin advertirlo. El cambiar poco á poco hace que cualquiera que sea la naturaleza se acostumbre á soportar los cambios, lo que nos enseña el mismo Dios, el cual hace pasar poco á poco del corazon del invierno á los fuertes calores y de la mitad del verano á los rigidos frios.

« Aquel trabajo, tambien, que gastáis en llevar el peso de las cosas que componen el lecho, convertido en llevar municiones de boca, porque donde estas abundan, no os serán inútiles, mientras que donde aquellas os falten dormiréis, sin embargo, plácidamente, y caso contrario dadme á mí la culpa. Asimismo es cierto que el que tenga ropa de vestir la encontrará útil, ya esté sano, ya esté enfermo. Ademas las comidas que llevemos, conviene que en cuanto ser pueda sean todas picantes, agrias y saladas, porque estas ademas de estimular el apetito, duran por largo tiempo. Para cuando entremos en países no saqueados, donde es de creer que comenzaremos á recoger grano, convendrá que tengamos preparados desde ahora molinos de mano para hacer pan; porque entre las máquinas destinadas á este objeto, es la mas ligera y fácil de trasportar. Del mismo modo hay que procurar aquellas cosas que necesita el que enferma, que estas pesan poco y en ocasiones son extraordinariamente necesarias. Tambien son necesarias las correas, porque con ellas se

atan muchísimas cosas á los hombres y á los caballos, y gastadas ó rotas estas, el que no tiene con qué atar, forzosamente ha de quedar sin trabajar. Y aun mas el que aprendió á raer un dardo, hará bien en no olvidar una raedera. Convendrá asimismo llevar una lima, que el que aguza una, hasta aguza á la vez el valor, siendo una vergüenza para aquel que afilando el asta, queda con el ánimo embotado. Es necesario del mismo modo una buena cantidad de madera para componer los carros, tanto de guerra como de bagaje, porque entre tantas haciendas quedan necesariamente entorpecidas muchas cosas. Ademas de esto se han de tener los instrumentos necesarios para todas estas cosas, que no se encuentran en cualquiera parte artesanos que las trabajen; ni bastan pocos para hacer cuanto se requiere para esta jornada. En fin, es necesario llevar una podadera y una azada en cada uno de los casos de trasportes, y en cada bestia de carga una hacha y una hoz; cosas de uso privado y que muchas veces proporcionan ventajas á todos en comun.

« En cuanto á las vituallas, vosotros, capitanes de coraceros, registrad diligentemente á aquellos cuyo mando tenéis, para que no se les olvide ninguna de las cosas que pueda alguno necesitar, porque recaerian sobre nosotros sus necesidades. Respecto á cuanto ordeno que han de llevar los conductores de los jumentos, los que presidís al bagaje haced un exacto reconocimiento, y al que le falte algo, obligadle á que de ello se provea.

« Del mismo modo los que mandáis á los gastadores, tened la lista hecha por mí de los que fueron separados, parte de los lanceros, parte de los arqueros y parte de los honderos. Ahora se debe hacer que estos militen: los primeros con una segur á propósito para cortar leña; los segundos con una hacha; los últimos con una hoz; y con estos instrumentos se deben hacer marchar de cuadrilla en cuadrilla delante de los bagajes, á fin de que siendo necesario componer el camino, comencéis inmediatamente la obra, y aun yo, enterado del objeto, sepa de dónde las he de tomar. Yo llevaré ademas artífices que trabajen el bronce, la madera y el cuero, de edad propia para la guerra, y que tengan sus instrumentos, á fin de que cuando se necesite de estas profesiones en el ejército, nada nos falte. Estos estarán exentos de ir armados, pero tendrán un sitio destinado para servir en aquello en que están prácticos á quien quiera, pagándoles el valor de sus obras. Si algun comerciante quisiera igualmente seguir al ejército para ejercer su tráfico, lleve consigo las vituallas que necesite para los dias antedichos; pero si durante estos se le cogiese vendiendo alguna, todo le será confiscado. Pasados aquellos dias, venderá á su placer, y cualquiera comerciante surtirá del mejor modo posible la plaza de las cosas vendibles y será recompensado y honrado por mis amigos y por mí. Y aun mas, si alguno necesitase dinero para traficar, lo tendrá, siem-

pre que me presente personas que le conozcan y den caucion de que irá verdaderamente con el ejército. Advierto tambien, que si alguno descubre alguna cosa conveniente, que me haga seña. Entretanto id vosotros á ponerlos con arreglo á ordenanza, y yo á ofrecer sacrificios por nuestra partida y ya daremos la señal, cuando los presagios sean felices. Entónces todos, con las cosas dichas, se deberán encontrar en el sitio designado á las órdenes de sus capitanes. Y vosotros, oh capitanes, despues que cada uno haya puesto en orden su compañía, vendréis juntos á mi presencia para saber cada uno su puesto. »

Esto con respecto á la economía de la marcha; ahora añadiré, segun el mismo autor, el orden de los campamentos persas.

« En cualquiera parte en que el rey colocaba su tienda, la colocaban tambien todos los de su servidumbre y militaban en invierno ó verano. Ciro quiso que su tienda se pusiese hácia el Oriente: despues ordenó á cuánta distancia de la del rey debian tener sus tiendas los alabarderos; luego señaló la parte derecha á los panaderos, la izquierda á los vivanderos, la derecha á los caballos y la izquierda á las demas acémilas, el resto lo dispuso de tal modo que cada uno sabia el punto que debia ocupar por medida y por el sitio. Cuando se quitan las tiendas, cada uno arregla aquellas cuyo uso se le ha concedido; otros las cargan sobre las acémilas: de modo que á un mismo tiempo vengan los carruajeros á conducir lo que les está mandado, y á la vez cada uno carga sus cosas. De este modo la misma hora basta para quitar una sola tienda y para quitarlas todas; la misma precision hay en prepararlas. De esta manera tambien está encargado cada uno de lo que se ha de hacer; así es que las cosas necesarias para el alimento se encuentran arregladas con oportunidad; por esto no quieren que trascurra mas de una hora en la comida, tanto para una como para todas las compañías; y como aquellos que estaban encargados del ministerio de estas cosas necesarias, tenian cada uno el lugar mas conveniente, así como los soldados en el campamento tenian el suyo adaptado á cada arma y sabian cuál era, todos sin vacilar se establecian en él. Ciro verdaderamente reputaba el buen orden de un ejército como el de una familia por un hermoso instituto, porque de este modo cuando uno tiene necesidad de alguna cosa, sabe de cierto adónde debe ir á tomarla; pero aun creía mas conveniente ordenar bien las tribus en la guerra, porque cuanto mas veloces pasan las ocasiones en las maniobras bélicas, mayor daño hacen aquellos que se comportan mas lentamente, por lo cual decia que aquellos que á su tiempo están preparados, en la milicia hacen ganancias de gran consideracion. Por estas razones era muy apasionado á este sumo orden.

» El se alojaba primeramente en medio del campamento, en el sitio mejor reparado; ponía

á su rededor á los de mas confianza; rodeaban á estos los caballeros y conductores de carros, porque queria proveer á estos tambien de lugar seguro, en razon á que están acampados sin tener á mano ninguna arma y necesitan largo tiempo si quieren sacar la armadura; á derecha é izquierda, tanto de él como de la caballería, se alojaban los escudados, y delante y detras, tanto de él como de la caballería, los arqueros. En cuanto á los armados de corazas y paveses, querian que cercasen á todos cual si formáran un muro, á fin de que en el momento en que fuese necesario que la caballería formase, encontrándose delante los mas fuertes, tuviera tiempo para que se pudiese armar con seguridad. Los escuderos y arqueros, así como los armados de pesada armadura, dormian colocados en orden de formacion, para si ocurriese tambien de noche alguna cosa, estar unos y otros prontos para herir á quien los atacara y poder igualmente los arqueros y lanceros flechar y alancear prontamente para defender la retaguardia de los de pesada armadura. Ademas, todos los jefes tenian banderolas en sus tiendas; y así como en la ciudad los excelentes criados saben encontrar las casas, especialmente las de los hombres de negocios, así los domésticos de Ciro sabian en el campo el alojamiento de los comandantes y conocian sus banderolas, de modo que por el camino mas corto corrían á buscar á cada uno. Como las naciones estaban separadas unas de otras, se descubria con mucha mas facilidad cuál observaba la buena disciplina, y cuál no. Ordenados de este modo, sabia que si era atacado, bien de noche ó de dia, los agresores caerian en su campo como en una emboscada. No se creía ya que la ciencia de ordenar los soldados solo exigia que uno pudiese fácilmente restringir ó dar mayor extension al ejército ó flanco reducido á falange, ó conforme á la direccion del enemigo, cambiar bien su direccion á derecha, izquierda ó retaguardia, sino que ademas se pensaba que era necesario fraccionar la formacion segun la necesidad y colocar cada parte en donde pudiese girar mejor, y apresurarse donde fuese indispensable anticiparse. Todas estas cosas y otras semejantes creía pertenecientes al hombre práctico en ordenar los soldados, y él mismo se aplicaba á todas ellas, y en sus viajes siempre marchaba dando una ú otra formacion á sus tropas segun los casos; pero en el campamento se alojaba las mas veces como queda dicho. »

§ 6. BATALLAS DE LOS PERSAS.

De este modo marchaban hácia el enemigo, y ciertamente á estos órdenes de formacion debió Ciro en gran parte la fortuna que le acompañó en sus expediciones; pero con particularidades que pudiesen servir para la historia del arte de la guerra, solo se ha descrito la batalla que tuvo con el poderoso Creso, rey de Lidia, en Timbrea en la Frigia, uno de los mas considerables

acontecimientos de la antigüedad, que decidió del imperio del Asia, disputado por los Asirios de Babilonia y por los Persas; y como fué la primera cuya narracion ha llegado á nosotros con alguna precision, debemos considerarla cual un monumento precioso del arte militar mas remoto. Véanse las observaciones de Freret sobre ella.

La refiere Jenofonte (en los libros VI y VII de la *Ciropedia*), quien pasó por Timbrea y acampó allí con el ejército del joven Ciro, ciento cincuenta años despues de la derrota de Creso. Era este el lugar de la reunion de las tropas persas para pasar del Asia Alta á la Menor. Las particularidades de un combate tan glorioso para los Persas, y cuyas consecuencias habian sido de tanta consideracion, permanecian impresas de tal manera en el espíritu de los capitanes de aquella nacion, que en tiempo de Jenofonte lo consideraban como la obra maestra del mayor general de su raza; se proponia cual norma del arte militar persa, y su ejemplo servia siempre para decidir las cuestiones relativas á semejantes materias. Jenofonte, con la exactitud con que refiere las consecuencias de esta batalla, nos asegura que fué plenamente instruido de las circunstancias de la misma.

El ejército de Ciro ascendia entre infantería y caballería á ciento noventa y seis mil combatientes; esto es, setenta mil originarios de Persia, de los cuales diez mil eran coraceros de á caballo, veinte mil coraceros de á pié, veinte mil lanzas y veinte mil armados á la ligera: las tropas restantes, en número de ciento veintiseis mil, comprendian veintiseis mil caballeros medos, armenios y árabes de Babilonia, y cien mil infantes de las mismas naciones. Ademas tenia Ciro trescientos carros armados de hoces, cada uno tirado por cuatro caballos de frente, y armados á prueba de dardo, de la misma manera que los coraceros persas. Estos carros, en que iban los mas valerosos, estaban destinados á marchar durante la batalla á la cabeza de la infantería, ocupando á iguales distancias todo el frente de la línea. Ciro hizo construir ademas considerable número de carros mucho mayores, sobre los cuales se elevaban torres de doce codos de altura, ó sea quince piés de Paris, con veinte arqueros en cada una, y tan ligeras, que el peso de toda la máquina con los hombres no pasaba de ciento veinte talentos ó cinco mil libras de Francia. Eran arrastrados por diez y seis bueyes de frente, que no estaban agobiados por el trabajo, porque el peso de toda la máquina se calculaba en ménos de dos quintas partes del que solia conducir igual número de los bueyes destinados á los bagajes. Los arqueros colocados sobre las torres dominaban en ocho ó nueve piés á la falange, y los carros que seguian á la cola, tenian de este modo facilidad para descubrir el campo y disparar por encima de los batallones persas sin temor de causarles daño.

Terminados los preparativos, y no juzgando

Ciro conveniente esperar al ataque del enemigo, tomó el partido de salir á su encuentro, y despues de una marcha forzada de quince dias al traves de los desiertos de Mesopotamia, se apoderó de los países cuya defensa habia sido descuidada por los Lidios, los cuales no creían que con un ejército mitad menor que el suyo se atreviese á exponerse en su país. Con esta precaucion alcanzó á Creso en Timbrea en medio de las espaciosas llanuras de la Frigia, ántes que él pudiese reunir allí todas las tropas que destinaba al combate. Esto no obstante, el ejército de Creso era doble mayor que el de los Persas. Aráspes, señor medo que habia seguido el partido de Ciro, enviado por este príncipe á explorar las fuerzas contrarias, refirió que formados en batalla la infantería y caballería á treinta hombres de fondo, ocupaban unos cuarenta estadios de frente.

En efecto, examinando diversos lugares de Jenofonte, en que declara el número de tropas de los Babilonios, Lidios, Frigios, Capadocios, pueblos del Helesponto y de los Egipcios, aparece claramente que no bajaban de estos treinta y seis mil combatientes. Los escuadrones de los Fenicios, Chipriotas, Cilicios, Licaones, Pfallagones, Tracios y Jonios, de cuyo número no hace mencion Jenofonte, se pueden calcular en sesenta mil, casi todos de infantería, porque la mayor parte de ellos ó habian tenido que hacer su viaje por mar, ó habitaban en países no á propósito para los caballos, cuyas fuerzas completamente hacian ascender el ejército de Ceres á cuatrocientos veinte mil combatientes, los cuales, segun el arte militar de aquellos pueblos, colocados en orden de batalla á treinta de fondo, debian ocupar precisamente el espacio de cerca de cuarenta estadios.

Ciento veinte mil Egipcios formaban el nervio de la infantería de Creso: divididos en doce gruesos cuerpos ó batallones cuadrados de diez mil hombres cada uno, que presentaban cien hombres por cada lado, separados por intervalos á fin de que pudiesen escuadronarse y combatir sin mutuos impedimentos. La idea de Creso era darles una formacion de menor fondo para que presentasen un frente mas extenso, pues que se encontraban los dos ejércitos en una inmensa llanura que les permitia extender sus alas á derecha é izquierda, siendo su proyecto envolver el de los Persas; pero no le fué posible persuadir á los Egipcios que cambiasen el orden de batalla acostumbrado.

Siendo el Egipto un país interceptado por canales, en el cual un ejército no puede extenderse sin separar los cuerpos que lo componen y donde no siempre es fácil conservar comunicacion entre ellos, era necesario que estos cuerpos pudiesen defenderse por sí, caso de que fuesen atacados separadamente. Los gruesos batallones egipcios siendo por cada frente igualmente fuertes, porque presentaban por cada lado igual número de combatientes, tenian ménos necesidad de estar sostenidos por los cuerpos